
Conocer para actuar: los jóvenes construyen la paz (II)

Bernardo Ruiz Delgado

Universidad de Sevilla

4. La juventud en contra y a favor de la violencia

¿Contribuye todo lo dicho y referenciado al establecimiento de la paz desde un sector de la sociedad tan importante como es el juvenil?; ¿está evitando la violencia?; ¿qué se sabe, de fondo y no sólo de lo presentado por los mass-media, de la violencia de los jóvenes?; ¿se ha estudiado profundamente este tema?; ¿y la relación con la educación social?; se ha constatado que la juventud ha sido y es objeto de violencias institucionales, directas y estructurales pero ¿se sabe a qué nivel, de que modo, por quién o quiénes, debido a qué causas, sobre qué sectores juveniles...?; ¿es cierta la imagen última propalada por diversos medios de la juventud como conjunto homogéneamente violento?; ¿se ha detectado, con profundidad, la existencia de una juventud positiva y creadora capaz de colaborar a la construcción de una cultura para la paz?; si se ha confirmado esta creencia ¿de qué modo está efectuándose esta colaboración?... muchas son las cuestiones que deben responderse si se quiere iniciar una praxis educativa que, aprovechando ese clima participativo, voluntario, asociativo y juvenil se labore a favor de la paz. Entre estas dos imágenes de la juventud relacionada con la violencia –la de aquella que la presenta utilizando la violencia con asiduidad para resolver sus proble-

mas vitales y relacionales frente aquella otra que la sitúa condenando la violencia– es curioso constatar que la mayoría de los estudios sociológicos realizados sobre juventud apoyan esta segunda imagen que se opone a ella. ¿Por qué? Si el concepto de violencia se extiende a procesos más amplios que los transmitidos por tradición, la violencia callejera, acaece que existen sin ninguna duda diferentes tipos de violencia que surgen de las manos del terrorismo, el militarismo, movimientos agresivos (Skinheads, neonazis...) la política, la economía... propiciando, frente a los que legitiman o justifican la violencia aquellos que se oponen a ella (ELZO IMAZ, 1986: 387). Es difícil poner en duda la afirmación de que esta sociedad es más violenta que pacifista, por lo que también sería criticable el negar que haya grupos juveniles que sean y practiquen la violencia. Quizás el “quid” de la cuestión radique en el grupo de jóvenes no violentos y en la capacidad de compromiso y de participación que estos pueden asumir para ganarles terreno a los violentos: es, justamente, en este punto donde reside la legitimación para la construcción de una cultura de la paz conseguida, entre otros recursos, por la Educación para la paz (GIROUX, 1996).

Se dispone de escasos estudios monográficos dedicados a analizar la relación entre la juventud y la violencia. ELZO

IMAZ (1986) y ELZO IMAZ Y BELAUSTEGUI (1990) se han ocupado de "algunas violencias socio-políticas" estudiando "los comportamientos, las actitudes y los valores de la juventud vasca". GONZALEZ BLASCO (1989) recoge algunos datos en "Jóvenes españoles 89" como resultado de haber incluido en su estudios distintos epígrafes sobre la tolerancia y la permisividad, las actitudes ante los movimientos pacifistas y ante los antimilitaristas... TOHARIA (1989) estudia el terrorismo... Pero poco más. ¿Cuáles fueron los resultados? MARTIN SERRANO (1993), al estudiar las actitudes sociales de los jóvenes concluye que éstos —"al menos teóricamente"— se decantan a favor de cambios que supongan la eliminación de la violencia. Sin embargo otros datos están en la otra línea de análisis. La II Encuesta sobre la Juventud de Navarra (1988) realizada en 1986 señala la presencia de una opinión favorable a ella justificándola en muchos casos: algo más de la cuarta parte de los jóvenes (27,8) justifican la violencia en algunas situaciones y el 56% se opone a ella (1988:290). GONZALEZ BLASCO (1989) confirma parte de estos datos. La mayoría de los jóvenes según su informe, nunca justifican el uso de la violencia y el 13% lo hace "pocas veces". En cualquier caso los porcentajes no deben engañarnos porque, aunque los que se oponen a ellas son mayoría, los que la justifican no son poco desde luego, son "minoría significativa que justifican total o parcialmente el uso de la violencia entre los jóvenes" (1989:132). Motivaciones religiosas, sexuales, consumo de drogas... pero también "autoposicionamiento político", "modelo de sociedad que se propugna", "sentimiento de identidad nacional"... son

las variables que apoyan el juicio de los que legitiman o apoyan el uso de la violencia física (ELZO IMAZ, 1986:440). Motivaciones que se van perdiendo con la edad que va reduciendo la justificación de la violencia según pasan los años (GONZALEZ BLASCO) o que son reconducidas y reconsideradas como fórmulas de participación políticas que legitiman las conductas violentas de los jóvenes al presentarse como los únicos recursos legítimos a situaciones sociales que no ofrecen salida (ELZO IMAZ y BELAUSTEGUI, 1990:565). Como información significativa, frente a los datos ofrecidos en la década de los sesenta y setenta, es la clara disminución de "la violencia como vehículo de protesta juvenil". A ello ha contribuido la clara reducción de las utopías colectivas que ha tenido por resultado la disminución de los jóvenes por los proyectos comunes. Se cree menos en la vía de lo colectivos para conseguir lo que se desea (ANDRES ORIZO, 1989).

5. Los jóvenes y la cultura para la paz

A lo largo del apartado anterior hemos ido expresando los datos, obtenidos de estudios sociológicos, sobre la opinión de los jóvenes acerca de la paz o de su reverso, la violencia. Es hora de hacer "entrar en juego" a la educación y a la cultura como el instrumento y la atmósfera que propicien la participación (no solo como aspiración sino como requisito imprescindible de educar para la paz) de la juventud en la construcción de una sociedad más justa y menos violenta, dentro de un cuadro de valores consensuados, mínimos (CORTINA, 1986), sobre los que

basar la relación entre las personas. El entorno, el sistema social y la cultura, en general, de una comunidad, constituyen los marcos donde aprenden a interpretar y a analizar lo que les ocurre y acaece, donde aprenden o puede aprender a resolver los conflictos personales y grupales de un modo creativo y no violento. Ello quiere decir que:

La juventud no es un colectivo aislado, ni puede ser descontextualizado o segregado del resto de la sociedad. Vive en relación, con otros colectivos, con otras individualidades

El recorrido que hemos realizado por las potencialidades transformadoras de la juventud (asociacionismo, voluntariado, nuevos movimientos sociales...) en cualquier de sus expresiones y su visión o actitud hacia la violencia... tiene como objetivo que se comprenda el ambiente a favor de la paz, para que las acciones de la Educación para la paz en pro de una Cultura de la paz, sean coherentes y logren los resultados predecibles.

La Educación para la paz y la construcción de una Cultura por y en la paz, no son distintas que si tuviera que relacionárselas con otros colectivos sociales.

Teniendo presente estos supuestos, y recordando una vez más, que la sociedad y la educación están en mutua interrelación (QUINTANA, 1976;1977) vamos a aproximarnos al trinomio juventud-paz-cultura teniendo como hilo conductor – aunque a ella no dediquemos nuestros desarrollo- la Educación para la paz puesto que, ya en otro lugar (RUIZ DELGADO, 1996), me dediqué más directamente a ello. La sociología nos ha ido recordando, que, en la juventud, es grande el porcentaje de personas que se expresan

en contra de la violencia así como se ponen de manifiesto intensos sentimientos pacifistas, que en algunos casos, dan lugar a corrientes y movimientos pacifistas muy significativos. La sociología también nos dice, con prudencia, que quizás este emergiendo una nueva mentalidad y una cultura de distinto cuño (menos competitiva y agresiva) en las juventudes contemporáneas, que han aprendido de sus mayores que los conflictos, resueltos con violencia, hacen de la vida una batalla continua más que un continuo bienestar.

5.1. La juventud y la paz: la influencia del Año Internacional

El año 1995, ya lo hemos dicho, fue designado por la Asamblea General de las Naciones Unidas, como el Año Internacional de Juventud. RUIZ-JIMENEZ (1986) destacó la importancia de este hecho ya que, al escribir sobre Educación para la paz, afirmo: “cuanto más hagamos por preparar a nuestros hijos un mundo en paz, más habremos cooperados a defender los derechos de los jóvenes, empezando por el derecho a la vida y a vivir en paz” (pág. 5). El Secretario General de las Naciones Unidas mandó preparar un Programa concreto de medidas y actividades que han de emprenderse para preparar el Año Internacional de la Juventud y su celebración.

En la introducción del Informe del Comité Asesor (A/36/215. Anexo) ya se deja constancia de la relación entre juventud y paz y las situaciones que la obstaculizan o impiden. Así se expresa el Comité al señalar que los jóvenes siguen sufriendo el racismo, la intolerancia religiosa, la discriminación basada en la clase social... Por el hecho de que acaban de incorporarse a las principales esferas de la vida

adulta, los jóvenes son particularmente vulnerables a estas agresiones a la libre determinación”, como por el lado de aquellos que se interesan por un mundo distinto y más pacífico: “En lo que respecta a cuestiones más generales, como los derechos humanos, el desarme, el colonialismo, el neocolonialismo y el racismo en todas sus formas, los jóvenes han seguido interesándose en ellas y han expresado su inquietud mediante una serie de reuniones, seminarios y conferencias en los planos nacionales, regional e internacional. Análogamente, la promoción de la cooperación internacional y el fortalecimiento de la paz internacional figuran entre las principales preocupaciones de la juventud”. Los objetivos del proyecto de Programa y Medidas y Actividades consisten en proporcionar directrices para las actividades nacionales, regionales e internacionales que serán parte de un esfuerzo sostenido a largo plazo para:

- a. Aumentar la conciencia de la situación de la juventud y el reconocimiento de sus derechos y aspiraciones por parte de los responsables de la adopción de decisiones en general;
- b. Promover políticas y programas relativos a la juventud como parte integrante del desarrollo económico y social;
- c. Incrementar la participación activa de la juventud y las organizaciones juveniles en la sociedad y en particular, en la promoción y realización del desarrollo y la paz;
- d. Promover entre la juventud los ideales de paz, respeto mutuo y comprensión entre la población. (A/36/215. Anexo.)

“La paz es un requisito esencial para la propia vida y para el futuro de los jóvenes. Las perspectivas de paz

mejorarían si crearan condiciones para fortalecer la comprensión y la cooperación internacionales y se respetaran los derechos individuales y las soberanías nacionales. Es preciso educar a los jóvenes para la paz. No deben escatimarse esfuerzos para formar a los jóvenes en ese espíritu a fin de promover la igualdad de derecho para todos los seres humanos y todas las naciones, el progreso económico y social, el desarme y el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. También deben reconocerse y estimularse el potencial de la juventud para asegurar la paz. los esfuerzos encaminados a lograr la paz entraña la necesidad imperiosa de aprovechar las energías, el entusiasmo y la capacidad creadora de la juventud, para las tareas de consolidación de la nación, la lucha por la libre determinación y la independencia y soberanía nacionales, y la no injerencia en los asuntos internos de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, y en contra de la dominación y ocupación extranjera, así como por el adelanto económico, social y cultural de los pueblos, la aplicación del nuevo orden económico internacional, la preservación de la paz mundial y la promoción del entendimiento y la cooperación internacionales” (A/36/215. Anexo).

En este decisivo informe quedan plasmadas las ideas esenciales del Año Internacional de la Juventud. Su excepcional trasfondo teórico, en sintonía con los presupuestos ideológicos más avanzados que vinculan la paz al desarrollo, a la justicia y a la participación, sirve de base a muchas afirmativas para abordar el

tema de la Educación y la Cultura para la Paz entre los jóvenes y las jóvenes.

De hecho en todo él, aunque aquí hayamos fraccionado en dos partes algunas de sus más interesantes aportaciones, aparecen como constantes:

- La vinculación entre paz y juventud, entendiéndolo que la paz es la premisa para el presente y el futuro de juventud, entendiéndolos como inseparables;
- Las condiciones más preciadas en esa necesaria unión vendría de la mano de la comprensión y la cooperación internacionales y el respeto tanto de los derechos individuales como de la soberanías nacionales;
- Lo que no se hace sino reafirmar la potencialidad de la juventud en aras de avanzar en la consolidación en la paz desde su privilegiada capacidad creadora e inventiva;
- Que se reforzara, de una parte, desde el asociacionismo, desde la pertenencia a grupos y organizaciones nacionales e internacionales, es decir, desde su participación y, de otra parte,
- Desde la Educación para la Paz, que lleva aparejada el espíritu del humanismo, la cooperación y el entendimiento, como, al mismo tiempo, la comprensión de los peligros de la violencia, la desigualdad y la injusticia, o dicho en positivo, las ventajas de la igualdad de derechos, el progreso, el desarme, la seguridad y la paz;

Para lo cual será necesario incorporar cuantas actividades ayuden a conseguir todos estos objetivos, como las dirigidas a luchar contra el racismo y la xenofobia, la desigualdad, destacando por

su probada importancia los intercambios realizados entre jóvenes de distintas procedencias y orígenes. Aunque el texto que extraemos a continuación sea un poco largo merece la pena traerlo por la influencia que ejerció.

“La paz y los intereses de la juventud son inseparables. Las necesidades, derechos e intereses de los jóvenes sólo pueden satisfacerse en circunstancias pacíficas. Es preciso reconocer plenamente que las guerras, las carreras de armamentos y otros obstáculos a la paz y a la seguridad internacionales tienen evidentes efectos negativos para el proceso de desarrollo. Debe reconocerse la contribución de la juventud al logro de los objetivos de la paz internacionales. Es preciso educar a la juventud en el espíritu de humanismos, paz, cooperación y entendimiento internacionales. La juventud debe tener la posibilidad de utilizar sus conocimientos, su capacidad creadora y su inventiva para el bien de la humanidad y para fortalecer la paz.

Hay que reconocer y fomentar la capacidad de los jóvenes para promover la paz, tanto individualmente como en grupos, así como en organizaciones nacionales e internacionales. Entre las actividades para promover la paz figuran la lucha contra el racismo y la discriminación racial, dondequiera que se manifiesten, y la prestación de apoyo a las víctimas del racismo, el apartheid y el colonialismo, la prohibición de la propaganda de incitación al odio entre los pueblos y la ayuda a la juventud en la lucha por la independencia y la libre determinación.

Es preciso alentar a los jóvenes a que participen activamente en la organizaciones que tienen por objeto el fortale-

cimiento de la paz internacional y el desarme y el desarrollo de relaciones amistosas entre las naciones. Para mejorar el entendimiento mutuo entre las personas es necesario ampliar el intercambio de visitas entre los jóvenes de diversos países y los programas de intercambio educacional, cultural, deportivo y científico. Hay que facilitar el intercambio sin trabas de información ideas y manifestaciones artísticas entre los países a fin de lograr la paz y la comprensión mutua.

En la tarea de informar a la juventud sobre el alcance de la paz internacional, a través de los medios de información, la observancia de ocasiones especiales y su participación en las reuniones a todos los niveles, las organizaciones juveniles nacionales tienen un papel importante que desempeñar en lo que hace a dar a conocer a los jóvenes y a otros grupos de la población los problemas de la paz y movilizar la opinión pública para promover entre los jóvenes los ideales de la paz, el respeto mutuo y el entendimiento entre los pueblos.

Teniendo en cuenta que la educación para la paz, el entendimiento mutuo y la cooperación son importantes en la tarea de crear una actitud positiva hacia el desarme, es necesario que los jóvenes entiendan los peligros de todas las formas de violencia, de la desigualdad y de la injusticia, y es preciso alentarlos a que realicen esfuerzos positivos en la promoción de un mejor entendimiento de esta cuestión. A este respecto se sugieren las siguientes directrices generales:

- Alentar a los jóvenes para que contribuyan a los esfuerzos encaminados a lograr la paz internacional, prevenir la amenaza de la guerra,

formentar la lucha para detener la carrera de armamentos, lograr el desarme general y completo, promover el progreso social y lograr el desarrollo;

- Apoyar los procesos internacionales positivos y las iniciativas para la paz, la distensión y el desarme, teniendo en cuenta las resoluciones y las recomendaciones de las Naciones Unidas y de sus organismos especializados, y en particular de las que están relacionadas con la educación para la paz;
- Aumentar la conciencia de las consecuencias socioeconómicas de los conflictos internacionales y de la carrera de armamentos;
- Promover los programas de intercambio juvenil con miras a crear un mejor entendimiento entre nacionales y entre regiones;
- Mejorar la cooperación y las medidas de los jóvenes y las organizaciones juveniles destinadas a lograr la paz, la distensión y el desarme, la independencia nacional y el progreso socioeconómico" (A/36/215. Anexo).

En sintonía con este Informe, la Declaración de Barcelona, adoptada por unanimidad, recoge su Informe Final del Congreso Mundial sobre la Juventud, celebrada en esta ciudad en julio de 1985, la opinión de los participantes, que "estimaron que el respeto mutuo y la comprensión era una condición previa del respeto y de los contactos entre las culturas a nivel local, nacional e internacional, así como un instrumento esencial para lograr la paz, entendido no sólo como la ausencia de guerra, sino como una condición de la justicia social. "(UNESCO, 1986:26). Al

mismo tiempo que abogaron “por la paz, el desarme, la eliminación de todas las formas de discriminación racismo y apartheid”, y por el respecto efectivo de los derechos humanos y de las libertades fundamentales enunciados en la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, así como de los derechos de los pueblos, en particular la libre determinación. Para alcanzar dichos objetivos, la búsqueda del desarme exige “la determinación de vivir juntos en paz en un clima de tolerancia, respeto mutuo y observancia de las normas del derecho internacional, ideales a los que los jóvenes desean contribuir activamente.” (UNESCO, 1986:26).

Siendo fundamental para ello, de una parte, “desarrollar los elementos que favorezcan la educación de los jóvenes para la paz, el respeto mutuo, la solidaridad, la tolerancia y la comprensión entre los pueblos”, y de otra parte, que “los jóvenes han de proseguir e intensificar su esfuerzo de participación, a fin de hacer oír su voz y expresar su concepción del futuro así como su firme, serena e inquebrantable voluntad de construir un mundo de justicia y de paz.” (UNESCO, 1986:28). Por lo que se invita a los jóvenes de todos los países a la movilización y a la solidaridad.

5.2. Los movimientos juveniles a favor de la paz y la educación para la paz.

Ha sido LEDERACH (1986) quien ha establecido una analogía entre el pacifismo histórico y la no-violencia contemporánea, aunque también es preciso matizar sus diferencias. De todas formas, podemos considerar que existe una continuidad entre ellos ya que ambos se adhie-

ren a un sistema de valores similares. Así parece entenderlo este autor, para quien las instituciones pacifistas se caracterizan, primero, por su origen en la fe, que siempre tuvo una naturaleza práctica; segundo porque se trataba de compaginar la vivencia cotidiana con la creencia y, último, estos movimientos molestaron o amenazaron las estructuras de poder existentes, en parte debido a que estuvieron formados mayoritariamente por personas de las clases bajas. En el apartado siguiente dedicaremos unas líneas a justificar y caracterizar los movimienitos pacifistas en tanto que se relacionan con la juventud.

5.2.1. Moviéndose por la paz.

Es posible incluir muchas actuaciones pacifistas y no violentas que no fueron resultado, estrictamente hablando, de cariz religioso histórico ni de una ideología teórica noviolenta (LEDERACH, 1986), y entre las que cabe citar ejemplos de cambios logrados por surgimientos espontáneos y resistencia popular no-armada así como de movimientos por la paz y de personajes pacifistas muy conocidos. A este respecto, y a nivel global, cabe preguntarse: ¿tiene sentido un movimiento pacifista en la actualidad? La respuesta afirmativa la dan PALAU y PEÑAGARIKANO (1990), basándola en cuatro fundamentos:

- En primer lugar, porque lo favorable de los cambios en Europa no debe ocultar lo sombrío que aún subsiste y opera contra la paz, el desarme y la justicia en el mundo;
- En segundo lugar, porque en Europa siguen existiendo conflictos nacionales y étnicos enconados secularmente, fundamentalismos o xenofos-

- bias excluyentes, nacionalismos chauvinistas, nostalgias imperiales;
- En tercer lugar, porque el pacifismo sigue teniendo un espacio imprescindible en el combatir la violencia inherente en las relaciones Norte-Sur, hasta ahora mediatizadas por la tensión Este-Oeste y,
 - En cuarto y último lugar, porque el pacifismo europeo debe consolidar la popularización de los debates sobre política internacional y de defensa, la democratización de las decisiones acerca de ellos.

De ahí que se hable con cada vez más insistencia de asumir, por el movimiento pacifista, la promoción del desarrollo del Tercer Mundo como condición para la eliminación de la pobreza, y propugnar un desarrollo que mejore los recursos básicos en lugar de degradarlos, ya que la paz no se define, garantiza ni agota en el rechazo el armamentismo ni en la terminación de la confrontación Este-Oeste. Existen otros criterios, según los cuales no puede dejar de inferirse que la expoliación del hemisferio Sur por el Norte se ha transformado en inseguridad y amenaza para la paz mundial. En definitiva como ya hemos comentado, la carrera de armamentos acapara recursos que podrían utilizarse de forma más productiva para disminuir las amenazas contra la seguridad alimentada por la pobreza ampliamente extendida y el deterioro ecológico mundial (SAUQUILLO, 1990).

Lo que supone, para los movimientos para la paz, un gran reto ya que replantearse su presencia activa en los cambiantes y tensos momentos por los que pasamos supone, en primer lugar, poner a prueba su capacidad para el análisis y la autocrítica y, en segundo lugar,

comprobar las posibilidades de sus recursos humanos y técnicos, así como organizativos. Mientras tanto, hoy, a comienzos de los 90, hay quienes creen, quizá de un modo muy optimista, que “los hechos nos dicen que es realista y urgente pensar en un mundo distinto, en el cual para todos, pueblos e individuos, se derive de la interdependencia un futuro más libre y seguro” (SERENI, 1990:293).

En España se reconoce la gran manifestación en Madrid del 15 de noviembre de 1981 como el lanzamiento definitivo de los movimientos pacifistas (SAUQUILLO, 1990 y DE LA FUENTE, 1984). Aquella manifestación a favor de la paz, el desarme y la libertad, consiguió la adhesión de un conglomerado heterogéneo de organizaciones pacifistas, antimilitaristas junto a otras como las ecologistas. Aunque, como matiza esta última autora, “tenía algo de farsa simpática y bienintencionada: todo estaba hecho desde arriba. Era, en cierto modo, una concentración localista de intereses híbridos. No se mencionaba en las pancartas “oficiales” a la OTAN ni a los euro-misiles” (DE LA FUENTE, 1984:52). Sin embargo, de ahí nació la necesidad de crear un movimiento pacifista amplio y pluralista quedando aislados los grupos de menor entidad. Es, pues, a partir de ese momento cuando surgen diferentes organizaciones en todo el Estado español: Mujeres por la Paz, en 1982; a finales de mayo de 1982, se crea el MPDL (Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad); Comisión Anti-Otan; Asamblea Pacifista, etc. Se coordinan quince organizaciones uniéndose en el Comité de Acción por la Paz y el Desarme (CAPD). De 1982 a 1985 se han producido las movilizaciones pacifistas más importantes de la historia

de la Europa Occidental, contra los cohetes de alcance intermedio, en concreto, y contra el arma nuclear en general. Inmediatamente después de ellos se plantea la necesidad de la coordinación de todos los movimientos pacifistas europeos, y así nace la END (SAUQUILLO, 1990).

La defensa y la seguridad son objeto de preocupaciones mayoritarias que originan movimientos de masas, y la opinión pública interviene sobre ellas; todo eso es obra del pacifismo. Consolidarlos haciéndolo un fenómeno irreversible e institucionalizarlo requiere, sin embargo, que el pacifismo sepa reconducir sus formas de actuar y de organizarse. Necesita de la reflexión, la difusión de ideas y valores culturales. Parece, pues, que el pacifismo del futuro está destinado a expresarse en una segunda generación de centros y fundaciones para la investigación y la cooperación internacionales. En otras palabras, la supranacionalidad de los ámbitos políticos no debe limitar sus efectos a los Estados, sino que debe extenderlo también al tejido social y asociativo. "El pacifismo puede así contribuir a crear una especie de sociedad civil internacionalizada". (PALAY y PAÑAGARIKANO, 1990:25). O, como lo expresan BARCELO y BUADES (1989), "necesita construir una infraestructura democrática y una democracia cotidiana frente a la fosilización y la corporativización de las formas de relación Poder-Ciudadanía". (pág. 202). El impacto social que producen los movimientos pacifistas puede llegar a tener una gran repercusión pedagógica (JARES, 1991). De ahí que le interese a la Pedagogía Social como disciplina, y a la educación social como campo de conocimiento con vocación práctica, ahondar y profundizar en

los movimientos sociales juveniles por la paz.

Para comprender mejor el movimiento pacifista es preciso hacer lo propio con el pacifismo, con lo que volveremos a encontrarnos con una multitud de conceptos; de entre ellos se pueden entresacar, guiados por un interés de clarificación, la aportación de PASTOR (1990), que distingue tres principales tipos de pacifismo: a) moral y religioso, b) liberal internacional, c) social, radical, institucional; y la de SADABA (1986), para quien el pacifismo, más que una idea o concepto, es una actitud vital, llegando a indicar que el pacifismo y su difusión son consustanciales a una actitud progresista y, sobre todo, a una actitud consciente de nuestro tiempo, al menos vibrantes. Desde este amor a la paz y de repugnancia a la guerra, y a todo tipo de uso de la fuerza armada, a todo tipo de violencia, los pacifistas buscarán institucionalizar, por medio de organismos convenientes, la consolidación de la paz, procurarán potenciar los métodos no-violentos de solucionar los conflictos y rechazarán participar en las fuerzas armadas de cualquier tipo. La educación social se está convirtiendo en un excelente recurso para lograrlo.

Los movimientos de Educación para la Paz.

Como ya comentamos en los apartados anteriores, el resurgir del pacifismo y del movimiento por la paz, la creación de los Centros de Investigación para la Paz y el mayor conocimiento del peligro nuclear, posibilitaron una paulatina toma de conciencia en distintos educadores desde diferentes situaciones. Así surgieron diversas iniciativas y grupos de edu-

cación para la paz dentro de los Movimientos de Renovación Pedagógica, de colectivos pacifistas y/o centros de documentación sobre la paz y grupos autónomos o seminarios permanentes de educación para la paz (JARES, 1987). Si bien también influyó el cambio político en España tras la aprobación de la Constitución de 1978.

Más recientemente parecen coexistir muchos grupos de educación para la paz, en gran parte, con escasos miembros activos y preocupados por parcelas y aspectos complementarios y no siempre coincidentes. En una palabra, es evidente una formidable riqueza humana dedicada a la educación para la paz. Pero coexiste un inmenso fragmentarismo y, a veces, una diseminación de temas, quizás sin “una cultura de la paz que fundamente unos principios axiológicos, capaces de convertirse en una caja de resonancia de las actividades desperdigadas y profusas, investigadas o simplemente ejecutadas a lo largo de la península” (RODRIGUEZ ROJO, 1995:17).

Consecuente con este diagnóstico, desde algunos sectores del movimiento de educadores para la paz, e incluso de la universidad española, están resurgiendo voces que denuncian la práctica ausencia de una organización mínima que los agrupe. Más concretamente, y en relación con la implantación de los temas transversales, uno de los cuales es la Educación para la Paz, se viene postulando:

- Ahondar en el discurso teórico pacifista y adoptar como pilares la profundización en la regulación del conflicto por vía no violenta y en la línea de la teoría crítica;
- Se necesita una mínima coordinación de los grupos existentes sobre

todo para ir creando conciencia en los ambientes profesionales, familiares y allegados de una cultura de la paz;

- Habría que hacer un estudio sobre quienes son, donde se sitúan y qué hacen y analizar los puntos de unión;

Existe la necesidad de profundizar en la investigación sobre la paz y su educación, la acción correspondiente a unos planteamientos pacifistas y el proceso diáctico proporcional a ambas necesidades (RODRIGUEZ ROJO, 1995).

Esta profundización nos sitúa entre el pesimismo de los grave ante lo que llega a conocerse y el optimismo de poder llegar a superar esa situación; entre la desesperanza de saberse manejados y manipulados por fuerzas que dominan la capacidad de las personas hundiéndolas en el fatalismo y la esperanza, urgente y necesaria, de tener que construir una cultura y un mundo en paz que impida la catástrofe. Jacques ELLUL, ha sido quién, a mi juicio, ha legitimizado mejor que nadie, los movimientos de educación para la paz en su libro “Contre les vilentes” (1972). Sobre esta justificación merece la pena hacer varias consideraciones que ha hacía SÁEZ (1996) en su “reconsideraciones reflexivas sobre la paz”.

Primera. Que tenemos una mayor comprensión de lo que es y como se manifiesta la violencia humana en los grupos y en las colectividades. Es decir, el fenómeno de la violencia se presenta a nuestra consciencia de una manera distinta, de un modo nuevo. Y no sólo porque los estudiosos de los especialistas tienen más conocimiento de él sino también porque las masas, a través del poder ejercido por los mass-media que han acercado la violencia a nuestros hogares, la

detectan continuamente a su alrededor, formando parte de sus vidas cotidianas. Y la temen.

Segunda. Tales eventos van aumentando una nueva sensibilidad moral en todos nosotros. Somos más conscientes y esta consciencia afecta a nuestra consciencia de tal modo que la violencia ya no es sólo cruel, innecesaria e injusta sino que la imagen y la percepción que vamos configurando de ella es que, también es ilegítima (ELLUL, 1972).

Puede parecer pobre este argumento o puede pensarse que para llegar a ello no necesitábamos tanto esfuerzo y creo que nos equivocáramos. Es verdad que estamos rodeados de excesiva violencia física y estructural y que estamos degradando nuestro entorno ambiental frente al aparente desarrollo externo de nuestras sociedades denominadas por la estructura económica de la post-industrialización. Pero el reconocimiento de estos hechos no elimina la potencialidad de la argumentación de ELLUL. Cuando afirma que “el error de la violencia se ha descubierto” está expresando, por una parte, la necesidad de que nos distanciamos en el tiempo y veamos como la esclavitud, incontestable en el pasado jurídica o moralmente, fueron rechazada en tanto que fue objeto de reacción moral. Esta actitud constataría forma parte de las acciones imprevisibles del ser humano cuya consciencia, llegados a un punto, rechaza el error y el mal. A este respecto llegó a escribir Kenneth BOULDING: “El error puede ser encontrado, la verdad, no; el mal es rechazado cuando detecta como tal; el bien no” (1978:122). De la misma forma que la esclavitud, otras instituciones odiosas (piense, por ejemplo, en la

Inquisición) han sido desapareciendo. La evolución social de la especie humana no es simplemente material. El momento evolutivo alcanzado por una buena masa crítica de personas comienza a interiorizar, no simplemente a repetir, parafrasear o denunciar con “grandes palabras”, que la violencia es un error, un error trágico, una torpeza irracional planificada con excesiva racionalidad cuyos efectos nunca somos capaces de controlar. Por otra parte, tal descubrimiento con subsecuencias éticas y morales de rostros reconocibles, permite alumbrar la esperanza de que se pueda actuar, lenta y progresivamente, contra este estado de cosas. La esperanza se refuerza con educación, esa maravillosa palabra, que no hemos sabidos aprovechar consecuentemente (NAGLER, 1983). La esperanza reclama alternativas a la violencia que impera en el mundo. El pesimismo confirma su posición cuando destaca que, en EE.UU., tres de sus estados han vuelto a instaurar la pena de muerte sin aclarar las condiciones político-sociales que han conducido a este estado de cosas. El optimismo procura recordar que no sólo los estados americanos la reistauran sino que también uno de cada dos lograr abolir la pena capital. La esperanza tiene presente esta doble condición de la naturaleza humana y procura, contra aquellos que ven imposible renunciar a la violencia, proponer alternativas convincentes, entre ellas la educación, George FOX era muy lúcido en este sentido cuando afirmaba, recordando algunos hechos históricos, “la necesidad de hacer desaparecer la ocasión de la violencia”:

“Creando estructuras que no engendren delincuencia, fomentando y penetrando en senderos de energía que no nos

obligen a explotar la Tierra y a dañar a sus habitantes, aprendiendo estilos económicos no competitivos (y perspectivas nacionales reformadas) que no creen inevitablemente hostilidad entre nuestro país y otros bloques nacionales. La siguiente serie de alternativas consiste en toda una serie de estrategias para resolver conflictos cuando estos ocurran: mediación de terceras partes como se utilizan convenientemente en el siglo XIII; mantener la paz no armada y no la armada; recurrir a sistemas mejorados de leyes internacionales; utilizar la negociación y la diplomacia, la defensa no violenta ciudadana..." (en SHARP, 1970:12).

Y esa "desaparición de la ocasión para la violencia" puede lograrse con la construcción de una cultura para la paz que atraviese Occidente y Oriente de norte a sur y de este a oeste con el concurso y el compromiso de la presencia juvenil. Este artículo finaliza con una reflexión, más o menos sistemática, sobre ella.